

Trabajé mucho

En mi época trabajábamos mucho, pero tampoco se podía hacer otra cosa.

Dejé el colegio para ayudar a mi padre en la barbería. Yo les untaba la crema en la cara para que luego él los rasurara. Tendría doce años o por ahí, no sabría decirte, doce...trece... Los paisanos me miraban mal porque era una niña en una peluquería de hombres, pero a mí me daba igual. También barría los pelos para que a tu bisabuelo le diera tiempo a atender a cuantos más clientes mejor. Era la única barbería de Hospital de Órbigo, y aunque es un pueblo pequeño, había veces que la cola llegaba hasta dónde está hoy el consultorio médico. Algunos días se nos hacía de noche y mi padre tenía que enviar a los clientes a casa, para que regresaran mañana, si querían ¿verdad? Que a nadie se le obligaba a estar allí...lo digo porque había uno un poco “especialito”.

Cuando me casé con tu abuelo, que en paz descanse, también tuvimos que trabajar mucho. Al principio conseguimos comprar un camión de caja, para sacos de pienso. Sobre todo trabajábamos para Nanta, pero cuando no había qué servir, nos dedicábamos a distribuir otras cosas. Cargábamos piedras en el río para llevarlas a Veguellina, ¡madre mía lo que pujé! Llegaba a casa con la espalda molida, pero había que hacerlo si queríamos comer. De aquella ya habían nacido tu tío y tu padre.

También me pagaban por mover vagones de tren. Te preguntarás que cómo, pues bien, estaban vacíos, por supuesto, y cuando llegaban a la estación me los dejaban un poco en cuesta. Había que pujar mucho, con algunos yo sola no podía, así que siempre que veía alguien que pasa por allí le decía “perdone, ande, écheme una mano que yo sola no puedo” al final nos juntábamos allí tres o cuatro y acabábamos moviéndolo.

Más tarde se oyó hablar que por Alemania estaban poniendo silos de pienso en las granjas y que lo servían mediante cubas. Fuimos hasta Madrid para comprar la que sería la primera cuba del Órbigo y no sé si de León. Nos podía haber salido muy mal, pero acertamos. Ahora se nos juntaban las letras a pagar, con tan mala suerte que en uno de los viajes que realizaba tu abuelo, se cayó del camión y se mató. Hacía unos meses acababa de dar a luz a tu otro tío, así que me encontraba con tres niños, sin carnet de conducir y con tres letras a pagar. A los dos mayores, a tu tío y a tu padre, los interné en

los palotinos en Veguellina, bueno...en Buenos Aires, que Veguellina solo llega hasta el camping. Tuve que contratar a un chofer, al que ayudaba a cargar el camión para que él solo tuviera que hacer el viaje.

Teníamos varios clientes, a otros los perdimos al no tener la posibilidad de llevar sacos. Aún así, con todo, no era capaz de llegar a fin de mes, así que me puse a coser por las noches. Cosía de todo, remendaba pantalones o te hacía unos nuevos. También hacía vestidos, camisas, trajes para las justas medievales...había que sacar perras de donde fuera. Llegó un momento en el que dormía, aproximadamente, entre tres y cuatro horas al día. Además, ¿te das cuenta de la vivienda que tengo detrás? Pues antes era una pocilga, cuando me cansé de gochos, la reformé y empecé a alquilar habitaciones a los peregrinos. Les hacía la comida, lavaba la ropa, hacía las camas, planchaba, limpiaba, etc. En cuanto pude dejé de alquilarla, mucho barullo, muchos olores y muy poco dinero para el trabajo que daban, pero me salvó en la época.

Pasaron los años y la cosa empezaba a mejorar. La fábrica me daba trabajo suficiente para tener cuatro camiones funcionando con sus respectivos chóferes. Cambiaba el trabajo pero no la carga. Había que hablar con clientes, mantener contentos a los empleados y a la fábrica, pero ya no había escasez. Un día tuve que ir por primera vez a un mecánico, hasta entonces había enviado a mis choferes porque no era lugar para señoras, pero no podía hacer otra cosa y fui. Las miradas lo decían todo, a mí me daba igual, si les pica que rasquen que yo estoy trabajando, no pasando el rato, ¿no te parece? Bueno, pues lo primero que me dijeron era que qué hacía, que yo allí no podía estar. Les dije que quería ver al encargado y tras un rato discutiendo aparece. Antes de que le diera tiempo a decir ni media, porque ya se le veía en la cara lo que me iba decir, le solté todo lo que necesitaba y le pregunté si él estaba dispuesto. Oye, no dijo ni mu, aceptó el trabajo y marché de allí más erguida que un mástil.

Pero no sería la única vez que me encontrara en esa situación. Alguna que otra tuve que entrar en algún bar donde estaban comiendo mis choferes para hablar con ellos, porque tenían que ir a otro lado o porque el cliente no podía a una hora, o por lo que fuese, el caso es que una mujer entrando en un bar no estaba bien visto, y claro, unas miradas, unos comentarios por lo bajo, que si es hoy en día les pongo pingando, pero no se podía, así que hacías de tripas corazón, sacabas pecho y entrabas y salías como un “espuni”. Más de un día llegué llorando a casa, no te creas, pero delante de ellos nada.

Como ya te dije antes, la cosa iba relativamente bien en lo económico, pero ir bien suele despertar envidias. Por aquel entonces ya éramos unos cuantos los que teníamos cubas montadas en los camiones, pero destacábamos especialmente dos. Debíamos tener unos cinco o seis camiones, no me acuerdo si él tenía uno más que yo o uno menos, pero bueno, el caso es que yo me había hecho con la exclusividad el transporte de Nanta, si no hubiera sido así no habría comprado ningún camión más, ese era el trato que tenía con ellos. Éste sinvergüenza parecía no tener otra cosa mejor que hacer que ir poniéndome verde por los talleres, ¡e incluso llegó a ir a la fábrica! Por supuesto allí lo mandaron a paseo.

Un día me lo encontré en un taller. Yo no le saludé, ni miré para él. Pero quería gresca y se acercó. Me saludó, cuando fue a darme dos besos me dijo al oído “ten cuidado no vaya ser que un día te atropelle uno de mis camiones”. No supe reaccionar. Callé la boca y marché de allí sin hablar con el mecánico, a medio camino de casa empecé a llorar...en fin, todavía me hierva la sangre al recordar a ese hijo de puta.

Pasaron unas semanas en las que cada vez que pasaba uno de sus camiones me temblaban las piernas, pero un día me dije que de miedo nada, para adelante y con la cabeza muy alta. Cuando pasaron los meses y vio que yo no me retiraba y que no me acojonaba, aparecieron las camisas de los motores todas ralladas. Alguien había echado azúcar en los depósitos de los camiones. Lo denuncié, pero no se supo quién había sido. No lo sabía la guardia civil, yo sí que lo sabía. Me costó mucho repararlo, fue un golpe muy duro y tuve que volver a coser por las noches.

El resto ya lo conoces, llegamos a tener doce camiones, hasta que llegó esta crisis y tuvimos que vender, y menos mal que vendimos. Me dio mucha pena la verdad, con lo que yo trabajé. Trabajé mucho hijo, trabajé mucho.